

"Complejidad de la empatía psicoanalítica: una exploración teórico - clínica"¹

Stefano Bolognini* **

Resumen.

¿Cómo ha evolucionado el concepto de empatía? ¿A qué prejuicios está expuesto? ¿Qué es la empatía psicoanalítica y en que se diferencia de la empatía natural? A través del análisis de una sesión elegida intencionalmente entre otras normales, exenta por lo tanto de efectos espectaculares en el diálogo analítico, se exploran los aspectos empáticos puestos en juego en el campo por una paciente y aquellos potencialmente utilizables por el analista en base a la experiencia formativa profesional compartida por los colegas. Es por lo tanto reafirmada la imposibilidad técnica, "metodológica", de la empatía que –como la creatividad del preconciente- no puede ser "encendida" a voluntad.

PALABRAS CLAVE : Empatía - Preconciente - Compartir - Trabajo contratransferencial - Interpsíquico – Identificación proyectiva - Escisión - Disociación.

Me ocupo de la empatía desde hace más de veinte años y creo que el referir brevemente algo sobre las razones subjetivas de este interés clínico y teórico y sus recorridos histórico-conceptuales conexos sea algo diverso y mejor que un

¹ El presente artículo es una revisión corregida del que fuera presentado en noviembre de 2004 en la Revue Française de Psychanalyse.

* Dr. Stefano Bolognini , Miembro de la Sociedad Italiana. Via dell' Abbadia 6 – 40122, Bologna (Italia).
E-mail: fef8279@iperbole.bologna.it

** Traducción: Beatriz Pereira de Fernández.

ejercicio narcisístico separado del tema. Pienso en efecto que más de un lector podrá encontrar algo de si mismo y de su propia experiencia formativa en esta breve reflexión y que los escenarios científicos que recorreré podrán orientar ulteriormente integraciones parciales del excelente *excursus* introductorio de Françoise Coblence y Jean-Michel Porte (2004).

Cuando era un joven candidato enfrentado a las tradicionales dificultades de los primeros tratamientos analíticos y con el sostén de las correspondientes supervisiones, fui varias veces impactado con un tipo de experiencia intra sesión más bien raro, absolutamente imprevisible para mi pero al mismo tiempo notable, caracterizada por un eficaz contacto emocional y una feliz claridad representacional durante la cual la vivencia conciente del paciente era bien experimentada y compartida aún manteniendo paciente y analista una sensación de separación y de válida individuación personal.

Pero, al mismo tiempo, sucedía que no sólo la “mirada” psicoanalítica (comprender intelectualmente, poder explicar, el “erklaren” jaspersiano), sino también la experiencia *in toto* del “comprender y sentir” (en la forma bien integrada del comprender/“verstehen”) se extendían un poco más en profundidad, hasta áreas menos egosintónicas, como si las mallas del yo defensivo se hubieran ensanchado ocasionalmente y el “calado” de nuestros sensores internos gozara en aquella circunstancia de un momentaneo, más amplio acceso al preconscious nuestro y de los otros.

Un poco más en profundidad: no estoy haciendo referencia a quién sabe cual ultrapoder introspectivo, a un delirio de claridad o a un fenómeno de hipervisión, sino a una condición de buen funcionamiento complejo que simplemente no se verifica muy a menudo.

No encuentro una metáfora mejor que aquella que alude a ciertos hermosos días cuando el aire está límpido y la vista puede llegar lejos, hacia el horizonte, sin impedimentos.

Desde mi ciudad se ven muy bien los Alpes cuatro o cinco veces al año, cuando una feliz coincidencia de corrientes de aire despeja el panorama de nubes, humedad, niebla, etc., (equivalentes simbólicos de nuestras defensas internas y de las dificultades de “engranaje relacional” intersíquico).

En esos raros días las montañas se nos aparecen en toda su conmovedora belleza sin que las distancias reales resulten desmentidas: ellas están y aparecen lejanas, por lo tanto bien separadas de nosotros pero son también claramente perceptibles y disfrutables hasta en los mínimos detalles en el pasaje gradual de los bosques a las laderas subiendo hasta las rocas iluminadas por el sol.

Esta metáfora no es referible y limitable –por las conexiones con la visión– solamente al concepto de insight, porque la experiencia que les he descrito es casi siempre compartida, emociona participativamente a más personas, promueve ulteriores desarrollos relacionales entre los presentes y esto nos abre la perspectiva hacia una posible relación entre insight y empatía como fenómenos relativos respectivamente a lo intrapsíquico y a lo interpsíquico (Bolognini, 2003).

Me impactaba, en tales ocasiones, el constatar cómo esta condición privilegiada permitía en modo natural, trabajar con el paciente sin particulares forzamientos, es más, respetando específicamente los ritmos y las dificultades subjetivas, justamente porque también el miedo, los obstáculos, los cierres del interlocutor eran objeto de adecuada percepción y del consiguiente instintivo respeto.

Al mismo tiempo, era cierto que también el paciente compartiendo en buena medida estas atmósferas momentáneas de contacto y de representabilidad del mundo interno, se permitía generalmente un uso más fluido de sí y de la relación, por lo menos hasta el inevitable retorno de la niebla, cuando por largos períodos el análisis volvía a ser un trabajo difícil de oscuras y fragmentarias asociaciones, de silencios y de distancias incolmables, contenidas por el setting y por una confianza básica en la bondad del método.

Convencido de alguna manera de haber individualizado el núcleo transformacional del análisis, el área en la cual el conocimiento y el cambio eran posibles en un grado máximo, pensé ingenuamente que si hubiera logrado estudiar con éxito las modalidades técnicas para producir “ad arte” las situaciones empáticas habría realizado una adquisición en el campo psicoanalítico equivalente, más o menos, al descubrimiento de la piedra filosofal.

Registré también con cierta incomodidad, el cultivo implícito dentro de mí de fantasías de “competencia empática” especial e innata, como si yo pudiera tener secretamente un recurso especial para sintonizarme con los pacientes; el reconocimiento de estas ilusiones, narcisísticamente más bien penoso, me fue facilitado por el poder constatar cuán difundidas estaban estas fantasías privadas entre los jóvenes colegas (prácticamente un supuesto universal de los futuros analistas) y su desinvestimento se hizo inevitable en el transcurso de la práctica clínica: ¡ay de mí, cuántos días de niebla y bruma me esperaban, en vez del aire límpido deseado y esperado a los inicios de la formación!

Mi libro “La empatía psicoanalítica” (2002) reporta en la primer parte una detallada exploración de la literatura psicoanalítica sobre el tema, desde Freud hasta nuestros días, y no tengo intención de resumirla escolásticamente.

Diré sólo que mis ilusiones de poder pre-determinar la empatía estuvieron por algún tiempo preservadas y protegidas gracias a la lectura de las obras de Kohut (1971, 1977, 1984), por el simple motivo de que este autor –por otro lado interesantísimo y demasiado rápidamente liquidado por muchos detractores– concibe y describe la empatía como método, y no como una feliz eventualidad, como he llegado a considerarla después de muchos años de reflexión.

Por razones similares no puedo concordar con Modell (1990) que define a la empatía como un acto voluntario: la experiencia y las discusiones con los colegas con el tiempo me han confirmado que el analista decidido a empatizar se ubica sobre un callejón sin salida y va al encuentro por lo menos de una clausura del preconciente, e incluso a un destino complejo y caricatural (bien captado por Schafer, 1983, cuando ironiza sobre el analista convencido de tener la actitud justa).

El inconciente no se deja domesticar a voluntad y tampoco el preconciente tolera una disposición (assetto) interna intencional y acabada; la literatura psicoanalítica es rica por el contrario en contribuciones convincentes sobre la fertilidad de la sorpresa en el análisis (Faimberg y Corel, 1990; Eiguier, 1993; Smith, 1995; Schacht, 2001), factor irreducible y no programable de potencial apertura creativa, al cual los analistas expertos están, en general, sabiamente “resignados”.

La concesión que hoy puedo hacer, acerca de la mayor o menor practicabilidad metódica de un área transformacional empática, tiene que ver con la formación

analítica como factor facilitador, y podría expresarla nuevamente recurriendo a la metáfora meteorológica. Se podría decir que nosotros no podemos de ninguna manera determinar que tiempo va a haber, si mañana habrá sol o lluvia; podemos sí trasladarnos a una localidad del planeta en la que el clima esté pronosticado y en la cual podamos legítimamente esperar una mayor probabilidad de las condiciones esperadas. Así no está lejos de la realidad pensar que una formación psicoanalítica pueda favorecer –a mi entender en modesta pero no despreciable medida- una más frecuente ocurrencia de situaciones empáticas siempre y cuando el analista no pretenda empatizar metodológicamente (y no se ilusione de haberse trasladado de Edimburgo a Marrakech).

En los últimos treinta años se ha atacado fuertemente al Ego-Psychoanalysis norteamericano de los años cincuenta y sesenta lamentando con algo de razón ciertas meticulosidades descriptivas obsesivas y en general cierta pretensión de definir y encasillar en los mapas estructurales del yo cualquier posible disposición (assetto) interna del analista y del paciente. Sabemos también cómo muchos han interpretado la corriente interpersonalista, intersubjetivista y co-constructivista en los Estados Unidos, como un suceso reactivo a los excesos precedentes del Ego- Psychoanalysis. De modo que una apreciación, aunque sea específica y en relación al tema de la empatía, como la que yo sostengo de las históricas contribuciones de Greenson (1960), Olden (1958) y del propio Schafer (1959) puede resultar poco político y a contracorriente.

No obstante, creo que sus trabajos han cumplido la función positiva de sustraerle, al menos en parte, un halo de mágica indefinición, aun si alguna de sus definiciones nos parecen hoy más bien esquemáticas, les reconocemos el mérito de haber colocado con claridad las situaciones empáticas en el área conciente-preconciente y de haberlas distinguido sin ambivalencias de los fenómenos de identificación, inconcientes por definición e incluso antitéticos – por su intrínseca impensabilidad en contraste con la rica pensabilidad empática. Esta tiene como presupuesto el contacto al modo de una identificación parcial y conciente² (“immedesimativo”) en una condición de discriminación.

²Se trata aquí de traducir el término italiano « immedesimazione » que no tiene equivalente en español y que el autor distingue de la « identificazione ». Hemos optado por una traducción imperfecta pero lo más

La vívida experiencia compartida de áreas de contacto fusionales específicas destinadas a la comunicación íntima (Bolognini, 1997, 2002; Fonda, 2000) es posible justamente cuando las personas han conseguido la discriminación, individuación y un sentido de si mismo suficientemente sólido y definido en sus límites. La identificación *sensu strictu* está en las antípodas de esta condición.

Las contribuciones de la escuela kleiniana en el tema empatía son también valiosas. Están basadas en una conceptualización con fuertes connotaciones, en las que las vicisitudes fisiológicas (comunicativas y potencialmente pro empáticas) y/o patológicas (evacuativas, controladoras, etc.) del mecanismo de la identificación proyectiva son estudiadas a menudo con notable fineza (Klein, 1955; Money-Kyrle, 1956; Rosenfeld, 1987; Bion, 1967, 1970; J. Steiner, 1996; Grotstein, 1983, 2003). Sus trabajos me han facilitado mucho poder diferenciar ulteriormente la identificación proyectiva de la proyección que en mi parecer es siempre un factor anti-empático.

Me ha interesado mucho la reciente contribución de Widlöcher (2003) que retoma el concepto freudiano de *induction de pensée* (S. Freud, 1921) y conecta la empatía a través del *transfert de pensée* al “*co-pensée*” asociativo y representacional de analista y paciente: el proceso asociativo de “*co-pensée*” “... *permet de réaliser un effet d'empathie*” y también “*l'interprétation doit être comprise comme un effet direct de la co-pensée*”.

Debo decir que buena parte de mis observaciones en el tema de la empatía van en dirección exactamente opuesta a los *lugares comunes* que en general los no adeptos a los trabajos sobre el tema sostienen. También mis observaciones se oponen a algunos colegas poco dispuestos a profundizar en este asunto. Antes que nada lo relativo a una suerte de “bondad” analítica en base a la cual el analista debería disponerse positivamente, favorablemente, a priori hacia el paciente y sintonizarse esencialmente con su vivencia egosintónica, concordando con ella.

La empatía es, por el contrario, un fenómeno intra e inter-psíquico complejo y en cierto sentido “desprejuiciado”, que requiere de una cierta capacidad de articulación interna y una desencantada libertad de percepción y de representación de afectos y de configuraciones de cualquier tipo.

aproximada posible, la de « identificación parcial y consciente » - formulación híbrida y paradójica, ya que la identificación es de hecho un fenómeno inconsciente, pero que se aproxima bastante a la experiencia de ponerse conscientemente y parcialmente en el lugar de alguien. (Nota del traductor.)

He propuesto una posible definición de la empatía psicoanalítica (que va a agregarse a aquellas de Beres y Arlow, 1974, de Schafer, 1983 y de muchos otros): **“la verdadera empatía es una condición de contacto conciente y preconciente caracterizado por discriminación, complejidad y articulación; ella comporta un espectro perceptivo amplio en el cual están comprendidas todas las tonalidades de color emocional, de las más claras a las más oscuras; y sobre todo un progresivo, compartido y profundo contacto con la complementariedad objetal, con el yo defensivo y con las partes escindidas del otro, no menos que con su subjetividad egosintónica”** (Bolognini, 1997).

Como se puede imaginar una definición de este tipo cierra la puerta a soluciones fáciles en el campo clínico y a formulaciones monofocales en el campo teórico. No se puede sintonizar (o ilusionarse de poderse sintonizar) específicamente y en modo contratransferencial concordante solamente con el “si mismo herido narcisísticamente” o solamente con la sexualidad del paciente o aún más, en modo contratransferencial complementario, con sus objetos internos, pensando haber vivido con él una experiencia empática propiamente dicha. O por lo menos una experiencia de empatía psicoanalítica.

Dudo de haberlo conseguido, pero me gustaría haber podido transmitir en pocas palabras el pasaje de mi esquema (assetto) inicial veleidoso y simplificador en el tema de la empatía a uno, espero, más maduro en el cual complejidad, articulación y respeto por los tiempos propios del encuentro creativo en psicoanálisis hayan sido poco a poco reconocidos.

Es cosa mía, pero quizás refleja algunos recorridos posibles en torno a este concepto, que por su naturaleza tiende fácilmente a estimular en el analista fantasías de omnipotencia o rechazos reactivos: de la ilusión de la piedra filosofal al repudio de aquello que parece alejarse, en ciertos casos, de un riguroso (pero tal vez prematuro y preventivo) encasillamiento metapsicológico.

UNA SESIÓN CON MÓNICA: DE LA “ACTITUD SOCIAL” AL RECONOCIMIENTO DE SI MISMA.

El material clínico que pretendo utilizar, para poner en evidencia alguno de los puntos teóricos citados, es de género un poco diverso de los que habitualmente se presentan –y que yo mismo he presentado en el pasado (Bolognini, 1984, 1991, 1997a, 1997b, 1997c, 1997d, 1998, 2001)- en trabajos dedicados a la empatía.

Habitualmente se refieren sesiones o viñetas de tratamientos con desarrollos *ad effectum*, con giros decisivos que se vuelven posibles de maneras bastante espectacular y puntual desde importantes momentos de comprensión que se dan entre paciente y analista y con fuerte énfasis en un aspecto específico que resulta ser el nudo dinámico de la situación.

En este caso he preferido elegir el texto de una sesión que no es particularmente entusiasmante en su desarrollo a corto plazo, pero que propone válidamente, a mi entender, una imagen menos elemental de la empatía psicoanalítica, respetando su complejidad. Es este el aspecto que quiero evidenciar en este trabajo, poniendo de relieve también la diferencia entre lo que yo considero empatía “natural”, constatable en la vida cotidiana, y la “empatía psicoanalítica”, fruto de una experiencia formativa.

Mónica está en análisis desde hace aproximadamente un año y medio, a tres sesiones semanales.

Es una mujer de 34 años, casada, sin hijos, empleada de una oficina; es muy “normal”, sensata e infeliz. Se presenta como una persona gentil y correcta, pero se dice también invadida de una sensación de rabiosa impotencia, que se remonta según ella a la infancia, y que reconecta en ciertos momentos –pero sin certeza, con pálidos y fragmentarios insights que van y vienen- y una vaga sensación de inautenticidad de sus relaciones familiares y personales.

El padre era una figura pública, muy atenta a la imagen social, y también la madre estaba comprometida en esta representación exterior, que se extendía a la vida familiar, por la necesidad de confirmar dentro y fuera de casa, un modelo ideal de armonía afectiva (algunos de sus recuerdos me habían traído a la mente, con cierta melancolía la atmósfera familiar descrita en la película “Far from heaven” (“Lejos del paraíso”) de Robert Zemeckis, 2003). Ahora los padres están jubilados y viven en otra ciudad.

Una hermana mayor se alejó muy pronto de la casa y no parece mantener relaciones muy estrechas con el resto de la familia, en especial desde cuando se casó y tuvo un hijo.

En el análisis Mónica se comporta “bien”, en el sentido que procura presentarse siempre sonriente a su llegada, y que está atenta a no crear situaciones de particular conflicto conmigo, dedicando muchas sesiones a la descripción de dificultades relacionales externas al análisis. Mis tentativas de establecer conexiones con vicisitudes internas y externas relativas a la relación analítica son recibidas por ella, con aparente interés, así como todo lo que le digo.

No obstante por el momento es difícil establecer con cierta seguridad qué cosas realmente siente y qué cosas no.

Tengo en efecto la sensación de que la mayor parte de estos intercambios se desarrollan a nivel “yo-yo” (Bolognini, 2002), con frecuente tendencia al razonamiento y escaso contacto experiencial a nivel del sí mismo.

En algunos momentos, por ejemplo, cuando entra sonriendo de manera alegre o cuando propone atmósferas libres de conflicto un tanto artificiales, me siento sutilmente absorbido en una disposición (assetto) interna y externa análoga a la suya como si también yo fuera convocado silenciosamente a entrar en el ambiente de la película de Zemeckis (que por fortuna me viene a la mente...).

En realidad me siento en una posición interna de interlocutor durante la mayor parte de nuestras sesiones, como si no hubiera realmente aún individualizado y alcanzado su centro de gravedad emocional y como si yo mismo no hubiera aún entrado plenamente en la experiencia de este análisis. Espero, escucho con mesurado interés, siguiendo el hilo de sus asociaciones, por momentos me aburro un poco y por momentos me siento un poco más partícipe, pero la sensación global es aún de atravesar una fase inicial, similar a las largas “marchas de aproximación” con las cuales los escaladores se acercan a la base de la montaña que en los días sucesivos enfrentarán.

La sesión.

Mónica llega insólitamente turbada a una sesión de mitad de semana, próxima a una breve interrupción del análisis (algunos días) la cual le he anunciado en su momento y de la que ignora la razón (tengo que ir a un congreso).

Aparentemente esta discontinuidad analítica no parece provocar en ella ningún desasosiego.

Sucedió que mientras venía hacia acá, encontró por la calle a un hombre que le pareció el Dr. D., un conocido de su marido con el que habían estado cenando un par de veces en una atmósfera de cordialidad en los meses pasados. Se saludaron por lo tanto cordialmente y se detuvieron para intercambiar comentarios de modo cortés. Pero de cerca se dio cuenta que aquel no era el Dr. D., sino alguien que efectivamente se le parecía mucho, una especie de sosías.

Mónica vivió en el momento una sensación de pánico paralizante, con incapacidad de decir palabra alguna.

Mientras tanto el otro, después de haber correspondido el saludo y haber mostrado a su vez espontánea cordialidad, no puso expresión de perplejidad (tipo: “acá debe haber un error...”), como hubiera sido lo adecuado, sino que se expresó con frases de genérica cortesía.

Mónica tuvo entonces la clara percepción de que el otro tenía la impresión de que la tenía que conocer de algún lado y que debía ganar tiempo con frases apropiadas a las circunstancias a la espera de encontrar en algún rincón de su mente quién diablos era ella.

Estoy muy interesado en este punto del relato por motivos analíticos y también porque, en un plano humano, la situación misma se configuró como cada vez más desagradable y estafalaria, al punto de que –como se suele decir comúnmente- “comienzo a estar mal yo en su lugar”.

También me volvió a la mente una famosa novela del escritor español Javier Marías (“Mañana en la batalla piensa en mí”, 1994), en la cual un marido separado desde hace un año de su joven y misteriosa mujer, con la que no tiene ningún contacto, sube en su auto a una prostituta increíblemente idéntica a aquella y, sin entender del todo si era realmente ella, entabla un diálogo estratégico para averiguar, disimulando su propio interés, la identidad real de su interlocutora, a su vez reticente. Haré referencia más adelante a esta intrigante asociación.

Mónica (conmocionada, aún bajo el efecto de lo sucedido) dice: “percibía con viva incomodidad que aquel hombre se sentía en desventaja al no

reconocerme, dando por descontado que nos habíamos conocido en alguna parte y por lo tanto se sentía en la obligación de mostrarse simpático, manteniéndose en generalidades y terminando por preguntar, como se suele hacer en estos casos, sobre la salud. Preguntaba con cautela, cuidando bien de permanecer en vaguedades acerca del tema, siendo evidente que pensaba que yo podía tener marido, hijos o ser soltera. Él creía no recordar. Yo me daba cuenta del equívoco, pero no tenía la fuerza de desmentirlo por el papelón que habría hecho declarando el error y así, percibiendo un vacío en la conversación, me informé sobre su salud. Entonces él respondió, siempre sintéticamente y de forma genérica. En aquel punto tuve la impresión que también en su mente comenzase a surgir chispazos de duda. Lo que era seguro era que ninguno de nosotros dos parecía poder permitirse decir con franqueza ‘disculpe, pero yo no lo conozco’ y admitir haberse equivocado”.

Escuchando el relato de Mónica, mi mente toma desde el principio dos direcciones diferentes: por un lado, me identifico parcial y conscientemente (“immedesimo”) con la vivencia subjetiva egosintónica de Mónica y en este sentido la experiencia que vivo se parece a una verdadera pesadilla, dado que a la incomodidad social de la escena se suma la sensación de aprisionamiento y de imposibilidad de reaccionar de modo liberador. Colateralmente a esto (en un cierto sentido entrando y saliendo alternadamente de una condición de fuerte identificación parcial y conciente (“immedesimazione”) con ella) no puedo evitar percibir en mí el intento de distanciarme de esa forma de identificación. Me encuentro pensando que aquella situación era absolutamente bizarra, como para desrealizarla o quitarle un poco de importancia; así me encuentro diciéndome que en el fondo le sucedió a ella y no a mí.

Experimento por un lado una fuerte tentación de distanciarme, descargando conmigo mismo la tensión con una risotada sadomasoquista interior (un poco como sucede cuando vemos películas tragicómicas en las que al protagonista le llueven adversidades persecutorias paradójales y él darnos cuenta que le suceden a él y no a nosotros, permite una descarga liberadora de angustia).

Por otro lado persiste una sensación de pena e incomodidad porque continúo, al mismo tiempo, poniéndome en el pellejo de ella.

En mi mente además se abre poco a poco un espacio potencial, en forma totalmente involuntaria, en el cual se configura un inicio de representación, una

escena de tinte onírico, “zeitlos”, sin tiempo. Dos personas que creen conocerse y que en cambio deberían darse cuenta que no se conocen para nada, se tratan con cortesía formal y con una familiaridad fuera de lugar, con el agregado de que el reconocimiento del hecho de que son extraños es fuente de angustia y resistencias prácticamente insuperables y que el deseo de liberarse de todo eso es frustrado por deber mantener una fachada de respetable “normalidad” relacional.

El relato de Mónica termina entonces con un final digno de las fases precedentes: sin decírselo, los dos se regularon poniendo en escena un alejamiento indoloro, diciéndose inobjetable frases de recíprocos augurios de buena salud y saludos cordiales, con un sudor frío por el papelón no explicitado pero inevitablemente percibido y buscando alejarse concretamente del lugar físico del encuentro lo más rápido posible.

Sigue un cierto silencio. Mónica aparece extenuada después de haber revivido en el relato su incómoda experiencia.

Mi pensamiento en este punto es más o menos: “existe el peligro de que nosotros dos aquí corramos el riesgo de hacer como ellos dos allá” y luego, en seguida: “y como Mónica ha hecho con los suyos y los suyos con ella, con su fachada inauténtica, intolerante hacia todo lo que desentona o perturba”. Y aún más: “así como sucede repetitivamente *todas las veces* que Mónica tiene que ver con alguna persona con la que debe tener algo que ver de modo significativo y con alguna posible, real dependencia, conteniendo y disimulando el miedo, la rabia, la hostilidad, que no puede sentir ni expresar, sonriendo en vez de gruñir con franqueza”.

Pienso con una sensación de mayor libertad y serenidad, logrando el acceso a aquella especie de jardín psicoanalítico preconciente que está a los márgenes del espacio onírico sin tiempo, con figuras sin rostro, que el objeto interno de Mónica, aparentemente “cordial” y fácilmente contactable, en realidad ambiguo y extraño, se ha encarnado a un centenar de metros de aquí. Puede ser que se esté aproximando. Siento que si le propongo ahora la interpretación en términos de desplazamiento respecto a la sesión, Mónica seguramente entienda intelectualmente y esté de acuerdo con mi interpretación, y nosotros estaremos de acuerdo una vez más, permaneciendo como dos extraños (psico)socialmente correctos. Pero si espero un poco más, quizás el verdadero

centro de gravedad de esta escena interna se ponga en evidencia. Estoy atento habitualmente a regular un tolerable nivel de ansiedad en el paciente, brindándole interpretaciones contenedoras si es necesario.

Ahora, después que Mónica ha evacuado, al menos en parte, algunos elementos traumáticos, a través de su narración, siento que empieza a haber un poco de espacio para el pensamiento.

En efecto, mientras yo me tomo tiempo, revisitando adentro mío con ciertos escrúpulos las sesiones precedentes (¿habré quizás intentado una empatía forzada, irrealísticamente socializante como el falso Dr. D...?). Mónica dice una frase que parece abrir un espacio de trabajo.

Mónica (menos agitada y más triste): “Más que el haber confundido aquel tipo con el Dr. D., me impresiona el hecho de no haber sido capaz de decirle que me había equivocado. ¿Por qué? ¿Qué temía?”.

Yo, al menos en parte, sé que cosa temía, porque este algo lo he experimentado con violencia en carne propia identificándome parcial y conscientemente (“immedesimandomi”) alternadamente , durante el relato. Pero ahora no quiero ser yo el que se lo diga, delegándome el sentir y el reconocer aquellas sensaciones. Mónica tiende a privarse de ellas, liberándose y evacuándolas en mí. Se priva también de una función que cambiará durante el encuentro y que Mónica reconoce y describe con sufrida exactitud porque, si al inicio es fruto de la inducción del otro, desde un cierto punto en adelante, es en cambio del todo suya. Da la impresión que Mónica hubiera agudamente empatizado *malgré soi* con la incapacidad de su interlocutor de admitir el error: allí donde empatizar no significa simpatizar, sino reconocer, quizás con fastidio o con pena. Mónica no ha sentido simpatía alguna hacia él en aquel momento, hacia “él enfrentado con esas dificultades” que son desde siempre las propias. Ella no siente por ahora simpatía alguna con “ella misma enfrentada con aquellas dificultades”; su yo y sus objetos internos no parecen aún disponibles, en este inicio-análisis, a orientarse comprensivamente o protectoramente hacia su sí mismo en dificultades.

Empatizar significa, por tanto, en esta situación específica compartir parcialmente y en forma sectorial pero vivencial, la experiencia interna del otro, sintiéndola y logrando también representársela como sea. Ninguna “bondad”, ninguna actitud de piadosa protección en este caso, ninguna dulce atmósfera

de nobles sentimientos, más bien una maldita incomodidad debida justamente a la condenada percepción de aquello que de desagradable y mezquino cada uno estaba viviendo con el otro y consigo mismo.

Hay un “papelón” que Mónica no puede todavía “sostener” dentro de sí y junto a mí, que probablemente tenga que ver de alguna manera con el sentido subterráneo de autenticidad o inautenticidad de nuestro “interesarnos por su salud” psicológica. Como he señalado, cuando viene a sesión Mónica se muestra siempre sonriente y agradable y trata de permanecer así. A causa de eso no puedo dejar de darle la razón si piensa que yo en efecto “no la conozco” y ella no me conoce a mí por cómo estaría emocionalmente frente a ella si la conociera verdaderamente.

Muchos adolescentes, por ejemplo, saben que gran parte de su vida no es conocida por sus padres, para empezar, su vida sexual: *secretas/secretos*³ (Mantovani, 1989).

¿Sostendría, por ejemplo, un papelón compartido (*partagéé*) con ella, reconociéndolo y encontrando la fuerza para hablar de ello con sinceridad? ¿Cómo me las arreglo yo en mi relación interna con mi *ideal del yo*? ¿Qué partenaire sería en un incidente analítico tan incómodo y lesivo para la imagen de mí, de ella, de nosotros?

Mónica ha empatizado a pesar suyo, limitadamente y sectorialmente con la vivencia del seudo Dr. D. y desde un cierto momento en adelante ha percibido que también él estaba, a pesar suyo en sintonía, perceptiva –y seguramente también representativa- con el mismo nivel de la desagradable experiencia. Esta es una circunstancia curiosa y notable de empatía más bien compleja, porque está basada en la percepción de la organización interna del otro y de algunos de sus movimientos internos, pero no puede ser definida como una experiencia de empatía mental (el sentir y el reconocer) de la que la considero potencialmente capaz. Por otra parte, la última frase pronunciada por ella me señala que la paciente está poniendo sobre el tapete un punto problemático emergente, que presiona desde el preconciente.

Silencio entre nosotros dos. Este silencio es posible también de mi parte porque sé y siento que Mónica no lo vive como hostil o distante. Esta paciente

³ Se trata de la traducción del juego de palabras en italiano *secreti/segreti*. (Nota del traductor.)

sabe que yo la escucho y que reflexiono sobre todo lo que me comunica y que estoy dejando espacio a sus pensamientos. Sensación de movimientos internos, Mónica está trabajando, yo sostengo, porque en este punto de la sesión he adquirido una suficiente claridad en sentir las cosas y representármelas y puedo tolerar los tiempos de su reintroyección conflictiva.

Decido por tanto ayudarla, “brindando asistencia” a la pregunta que se formuló.

Analista: “¿Qué cosa podría haber temido?”

Formulo la pregunta en un condicional que permite y hasta favorece un área potencial de búsqueda un poco vaga, genérica y no constrictiva.

Del modo en que se lo pregunto, favorezco en Mónica la sensación de que yo no tenía en mente una cosa precisa y que estoy interesado en lo que ella pueda pensar.

Esto es importante: mi pregunta debe abrir un espacio y no hacerla sentir presionada por un interrogatorio.

Mónica (con un movimiento de deglución y suspiro): “El papelón. Allí habían dos papelones terribles: el mío y el suyo. Una cosa insostenible”.

Analista (comenzando a sentirse parcialmente liberado de un peso interno): “Bien... parece que está comenzando a sostenerlo...”.

La sesión termina poco más adelante en un clima de difícil trabajo desarrollado y llevado a cabo como luego de pasar por un apuro.

Nos saludamos con la sensación de haber trabajado aun si me parece que todavía falta mucho por comprender sobre el bizarro episodio que la paciente ha referido en esta sesión.

Reflexiones después de la sesión.

La escena clínica que les he relatado puede ser objeto de muchas observaciones y la elección de estas puede ser además de obviamente subjetiva, también dirigida a evidenciar aspectos interesantes en relación al tema que estamos tratando.

Por ejemplo, un elemento sobre el que quiero llamar la atención es en primer término la sensible y precisa percepción que Mónica ha desarrollado, ya luego de pocos segundos hacia la disposición interna (*assetto*) de pseudo Dr. D.

Volvamos por un momento a la frase con la que Mónica abre el juego de sus reflexiones, después de su envolvente narración. En aquella frase podemos encontrar la bifurcación a partir de la que se separan dos caminos, el de la empatía natural y el de la empatía psicoanalítica.

“más que haber confundido aquel tipo con el Dr. D., me impresiona el hecho de no poder decirle que me había equivocado. ¿Porqué? ¿Qué cosa temía?

Hemos podido reconstruir a partir de las palabras de la paciente cual, de entre las cosas que podía temer, era la más cercana a su conciencia, aquella que había evacuado en parte, en mí, pero no completamente, conservando así una cierta función comunicativa –y no sólo expulsiva- en el propio relato.

Hemos visto también como bastó un silencio intencional, un *vacío*, cómplice de parte del analista, para hacer surgir los contenidos más superficiales hacia la conciencia.

La primera parte de esta frase (“más que haber confundido aquel tipo con el Dr. D.”) para la paciente es inmediatamente descartable y superable como hipótesis privada de interés. Para el analista en cambio tiene un timbre y un sabor inconfundibles, aun si en ella falta el detalle lingüístico tradicional del “no” que caracteriza a un bien definido mecanismo de defensa.

Nos encontramos en presencia de una negación que da la primera representación posible a un contenido, por el momento imposible de afrontar por el aparato mental de la paciente. Un contenido que es fugazmente señalado y por tanto inmediatamente desvalorizado, desinvertido y abandonado.

El analista en este caso funciona instintivamente como un sabueso, en el sentido de que gracias a su experiencia directa precedente como paciente en análisis, “olfatea” la negación antes aun de seguir un recorrido metodológico intelectual como el que llevaría quizás a un experto del lenguaje a las mismas conclusiones. Esto le permite abrir en su propia mente una ventana, un “file” específico, que lo lleva a identificarse parcial y conscientemente (“immedesimarsi”, pero **no a identificarse!**...) con otra área de la paciente más

profunda, en este caso, por ejemplo, podría ser descrita así: “pensar en no haber sabido distinguir a una persona que conozco de una que no conozco es algo que me aterroriza; pensar que he distorsionado ilusoriamente el rostro de aquel tipo para ver y reconocer en él al Dr. D. me hace pensar con terror en mí misma como funcionando mal psíquicamente, en mí misma ‘psiquiátrica’. ¿Y porqué habré tenido necesidad o deseo de encontrarme con el Dr. D.? ¿Y quién debería asociarse en la fantasía a este Dr. D.? Prefiero no pensar en eso, no pensar en mí misma demasiado regresiva, confusa o deseosa. En suma, mejor pensar en el “papelón”, aunque por otro lado de escalofríos. Me asusta también sólo imaginar haber podido poner en escena, sin quererlo conscientemente, el problema de la falsedad que tenderé a reencontrar ‘en cualquier esquina’ de mi vida por efecto de la repetición; también aquí, con Ud. Más aún que el papelón, temo darme cuenta que yo no reconozco bien (quizás porque en parte no lo conozco de verdad) ni a mí misma, ni a los míos, y mucho menos a Ud.”.

Pienso que esto sea verdaderamente un contenido psíquico profundo e inconciente que no puede ser interpretado ahora. La paciente recibiría mi comunicación como una información un tanto estrafalaria.

Lo menciono aquí sólo porque me viene a la mente a causa de su ostensible negación.

En mi exploración de las situaciones empáticas he llegado a pensar que la empatía psicoanalítica sea algo diverso, más profundo y complejo, que la empatía natural de la cual son generalmente capaces las personas dotadas de una buena y equilibrada sensibilidad (Bolognini, 2004).

La capacidad (ocasional y a menudo huidiza y casi siempre poco programable) de los analistas suficientemente expertos de compenetrarse con la experiencia subjetiva y con la compleja organización interna del paciente, contempla un horizonte más amplio y comprende, por ejemplo, la percepción de los contornos, de la fuerza y del grado de actividad del yo defensivo.

¿Qué cosa no quiere sentir y pensar Mónica en este momento? ¿Y porqué? ¿Y con cuánta fuerza no conciente se opone a un profundo contacto consigo misma? El analista tiene sin duda una concepción teórica escolástica de esta

problemática, pero la convicción que he madurado es que esta le sirve, sobre todo a posteriori, para formalizar conceptualmente sus propias selecciones técnicas. En cambio, lo que primariamente sucede es que el analista “saborea” la experiencia del otro (y de sí mismo en el contacto con la experiencia del otro). La percibe y la valora también cuantitativamente en sus implicaciones dinámicas a través de una identificación parcial y consciente que involucra a su sí mismo –entendido como sede y como objeto de la experiencia subjetiva compleja- mucho antes que a través de una lectura intelectual/racional de parte de las funciones noéticas del yo.

Dicho de otro modo: lo que diferencia el modo de funcionar de un psicoanalista del de un psicólogo, un filósofo o un teórico del lenguaje no es solamente el referente cultural, sino más bien la familiaridad asociativa con el preconciente y el hábito de un contacto reconocedor de la experiencia psicosensores del sí mismo (Bolognini, 2003).

El analista recuerda, asocia, “huele”, “saborea”, se compenetra parcial y transitoriamente a nivel conciente y preconciente, porque está habituado a hacerlo, porque ha estado entrenado a hacerlo durante su propio análisis, porque algún otro, en el tiempo de su formación, le ha hecho percibir el uso creativo de estas funciones, justamente trabajando con él.

Parte de este trabajo psíquico, sin embargo, están en condiciones de hacerlo instintivamente, las personas relativamente sanas, que han podido gozar en el proceso de crianza, de la relación con un progenitor o ambiente emocionalmente favorable. La especificidad del analista es estar en condiciones de mantener un campo de percepciones y representaciones más amplio, más articulado y más móvil.

El analista trabaja, en efecto, con una discreta actitud de suspensión: del juicio, a la espera de nuevas asociaciones, de la valoración del cuadro clínico y a veces incluso, suspensión de la actividad representacional (Racalbutto, 1994; Giaconia, Pellizzari, Rossi, 1997) para favorecer una más espontánea posibilidad de florecimiento de las asociaciones después de una abstinencia temporaria. Es una de las posibles lecturas del célebre “sin memoria y sin deseo” de Bion (1970).

El analista experto está bastante preparado para reservar espacio en el campo mental para la aparición eventual de nuevas configuraciones más o menos

relacionables con las precedentes: el detalle incongruente, el elemento escindido pueden encontrar hospitalidad en un rincón colateral “suspendido” a la espera de integración y reconexión con el resto del contexto. Es más bien poco frecuente que una persona no ejercitada esté en condiciones de tolerar esto por más de un instante o esté propensa a hacerlo.

Basta pensar en la precipitada rapidez con la que habitualmente, durante una conversación, las personas se apresuran a dar su parecer al que está buscando transmitir una duda, problema o vicisitud propia complicada e incluso una experiencia interna conflictiva.

El analista, justamente por su formación analítica y personal, y no por haberlo tomado de los libros, tiene un poco menos de temor que los demás de enfrentarse a las posibles áreas intermedias intra e inter-psíquicas sin la pretensión reaseguradora de saturarlas inmediatamente con “contenidos-tapón”. Además, por ejercicio y formación recibida tiene cuidado de conservar algunas áreas del sí mismo profesional no infiltrables por entero por la experiencia –por más fuerte que sea- del otro. Para esto es ayudado, no sólo por la referencia al complejo mundo teórico propio, sino también por el hábito de proteger un área interna preconciente valiosa y también por las consultas que hace a colegas y maestros, que por vía auténticamente introyectiva (y no por incorporación) se han transformado en parte constitutiva del propio mundo interno. Esto no lo pone al resguardo de invasiones contratransferenciales y del “contagio emocional” (Bonino S., Lo Coco A., Tani F., 1998) como cada uno de nosotros lo sabe por experiencia propia. Tampoco pretendo aquí hacer un elogio carente de crítica o idealizador de la categoría (del analista) porque sabemos bien que no pasa un día sin que nuestros límites psicológicos y técnicos reciban amplia confirmación en el trabajo clínico.

Estoy bastante seguro de que difícilmente Mónica encontraría espera, escucha, espacio, resonancia, comprensión, técnica mayéutica adecuadas, fuera de nuestros consultorios profesionales, aun si el interlocutor fuera teóricamente muy entrenado pero sin ejercicio en el contacto preconciente con el sí mismo, o sanamente sensible y con capacidad de respuesta pero no metódicamente formado en la suspensión y la complejidad.

Volvamos una vez más a Mónica y a la sesión. Hay otro elemento clínico fundamental que emerge del material de la sesión, entendido no sólo como

narración de parte de ella misma, sino también como vivencia co-experimentada por el analista durante la escucha y sólo fatigosa y discontinuamente reconocida, pensada e integrada vivencialmente, en el momento en el que acontece.

Es un detalle de contratransferencia: mi último baluarte, mi última defensa, mi pensamiento "...bueno, en el fondo esta situación desagradable *le pasó a ella y no a mi...*". No es frecuente que recurra frecuentemente a un dispositivo de este tipo para neutralizar un malestar surgido por la identificación parcial y consciente con el otro, una angustia por compartir. Tengo motivos para creer que en ese pasaje se ha verificado (por lo menos también) un contagio defensivo inconsciente, algo similar a lo que Anna Freud (1936) llamaba una "transferencia de defensas".

El rechazo proyectivo, el liberarse de una experiencia penosa atribuyéndola exclusivamente al otro, podría parecer a primera vista realista: al pseudo Dr. D. lo ha encontrado Mónica y no yo y ellos dos han dado vida a la escena descrita. Pero es también cierto que *en un plano no lógico sino psicológico, experiencial, esta escena me ha "sucedido" también ahí, identificándome parcial y conscientemente con Mónica*, y que mi tentativa de defenderme de la incomodidad experimentada podría haberse conformado en base a aspectos específicos del funcionamiento defensivo de ella, posible objeto de identificación inconsciente por parte mía.

"Yo no lo conozco", "no es asunto mío", "yo no tengo nada que ver", "no se de qué hablan", etc., son las clásicas expresiones del que intenta afirmar o rebatir la propia y absoluta ajenidad en relación a una situación inaceptable.

En el lenguaje común, se acostumbra a decir que el individuo, describiendo en tales términos la propia relación (o más precisamente la no-relación) con un objeto o situación, "se disocia".

Podemos disociarnos, sin darnos cuenta, de las propias sensaciones, percepciones, pensamientos y recuerdos, de vastas partes del sí mismo, permaneciendo conscientes y escindidos verticalmente en el yo. A veces, como se suele decir, la mano izquierda no sabe qué hace la mano derecha. A veces en cambio lo sabe, pero esto no le garantiza sentirse y moverse en forma integrada con la otra mano. La disociación incompleta existe en correspondencia con una condición de escisión.

Recuerdo el relato de una paciente que sufría mucho que, describiéndome su relación sexual con el marido, al que odiaba, decía que “le dejaba a disposición el esqueleto” observando la escena de modo desafectivizado y alejado del exterior, como si ella estuviera a dos o tres metros de ellos dos (un relato verdaderamente tremendo).

Alejarse físicamente, escapar, “disociarse de”: Mónica me ha expuesto quizás – este es mi pensamiento en ciernes, reflexionando con calma y volviendo a saborear lo sucedido- a la prueba de la escisión interna. Sería la misma que ha compartido con terror con aquel desconocido, cuando ha transformado ocasionalmente lo intrapsíquico en interpersonal con el pseudo Dr. D. (como sucede cuando el inconciente desborda el psiquismo individual y se vuelve escena compartida) y luego de nuevo en lo intrapsíquico (mío) en sesión.

La comprensión de estos eventos, que no se colocan habitualmente en los niveles conciente y/o preconciente, no puede ser inmediata.

En mi visión de la empatía, *el compartir no corresponde para nada a la empatía, sino que es solamente un potencial precursor* (Bolognini, 1998). Resta todavía mucho *trabajo contratransferencial* (Di Benedetto, 1998) por desarrollar, antes que del compartir (que puede ser un evento traumático no integrado por el representar y el elaborar) se pase a la comprensión empática propiamente dicha.

Muy a menudo el compartir o la convocatoria a participar en la extensión interpersonal de una escena intrapsíquica, tienen que ver sustancialmente con la repetición y no con la empatía.

La mayor parte de mis consideraciones, como verán, son relativas a la disposición intrapsíquica del yo, del superyo o del ideal del yo de Mónica hacia sí misma.

Pero hay otros elementos aún, en el campo analítico de la sesión que he referido, que nos permiten reflexionar sobre un ulterior posible desarrollo de este análisis.

La asociación del analista con la novela de Javier Marías, abre diferentes escenarios, por ejemplo respecto al argumento de la sexualidad por vía de la prostituta, que me ha venido a la mente. ¿No tendrá nada que ver toda la elucubración sobre el “papelón” con el hecho de haber parado a un hombre por

la calle, aunque sea habiendo creído reconocer en él un interlocutor socialmente irreprochable?

¿Cuáles porciones de la transferencia, cuáles fantasías están en este aspecto oscurecidas en nuestra exploración?

¿Cuál es la relación de este episodio con la separación?

¿Podemos reconsiderar más atentamente la “obnubilación” de la paciente en reconocer al objeto en proximidad de una separación anunciada, conectado a un posible desinversión defensivo respecto del objeto mismo?

Y la mujer “desaparecida” de la novela, que también me ha venido a la mente, puede ser quizás oscuramente conectada de alguna manera con la hermana de la paciente que por vicisitudes amorosas y sexuales se fue tempranamente de la casa de los padres?

Así intuyo que sexualidad y separación, amor y auténtico reconocimiento recíproco parecen estrechamente anudados en el mundo interno de Mónica y probablemente de esto haremos experiencia en el futuro.

No iré más allá en el análisis de la sesión de Mónica y no quiero pretender extender mi mirada demasiado lejos. Demos tiempo a que se despliegue el análisis y se desarrolle más ricamente la complejidad de la transferencia de Mónica. Complejidad mucho más amplia que la discutida en este trabajo, donde he intentado focalizar la atención sobre algunos elementos específicos.

Mi interés ha estado dirigido en este trabajo, a evidenciar algunos puntos fundamentales que resumo brevemente:

- La empatía es una condición compleja, que no se limita para nada a la concordancia con la vivencia conciente egosintónica del paciente (la hipótesis de los “simplificadotes” groseros) ni con una parte específica conciente o inconciente privilegiada por una teoría (como por ejemplo el “sí mismo narcisísticamente herido” para los kohutianos). Requiere espacio y suspensión para identificarse parcial y conscientemente en forma articulada con las diferentes áreas y niveles del paciente.
- La empatía no puede ser programada, porque se realiza a través de ocasionales, indecibles aperturas de los canales preconcientes del analista, del paciente o de los dos.

- La experiencia formativa del analista lo pone en cierta ventaja respecto a la mayoría de las otras personas, en el sentido de poder crear condiciones intra e intersíquicas que promuevan situaciones de tipo empático un poco más fácilmente y de modo más articulado.
- La empatía no tiene nada que ver con la bondad ni con la simpatía, porque puede realizarse sobre la base de una compenetración en sí misma poco gratificante, que se vuelve posible a veces, justamente por la resonancia específica con las correspondientes áreas “indeseables” presentes en el psicoanalista o con sus sentimientos negativos.
- La empatía psicoanalítica comprende la posibilidad de acceder con el tiempo, a través de la elaboración contratransferencial, también a la reintegración de componentes escindidos, no sólo hipotetizados –de forma artificial- sino experimentados y reconocidos por el analista en un régimen de conocimiento vivencial.
- Si la conciencia es la sede natural de la organización y de la formalización de la vivencia “a la luz del yo”, el preconciente es el lugar de la exploración de la experiencia del sí mismo propio y del otro.

Según mi parecer, los analistas son comparables en esta actividad a aquellos buzos que pertrechados sólo con “instrumentos naturales” están en condiciones de explorar el ambiente marino hasta pocos metros de profundidad. Una posibilidad bien modesta respecto a los abismos que se abren frente a ellos, pero incomparablemente valiosa en comparación con el vano esfuerzo de perspectiva de quien, como muchos pacientes, en esa agua, no han estado nunca en condiciones ni de meter un pie.

BIBLIOGRAFÍA

Beres D., Arlow J. A. (1974): "Fantasy and Identification in Empathy". Psychoanal. Q., 43, 26-50.

- Bion W. R. (1970): "Attention and Interpretation": a Scientific Approach to Insight in Psychoanalysis and Groups". Tavistock, London.
(1967): Second Thoughts. Heinemann, London.
- Bolognini S. (1984): "Empatia: presentazione al Centro Veneto di Psicoanalisi", 10 Aprile 1984.
(1991): "Gli affetti dell'analista: analisi con l'Io e analisi col Sè". Riv. Psicoanal., 37, 339-371.
(1997a): "Empatia e differenza". In Sacerdoti G., Racalbuto A. "Differenza, indifferenza, differimento". Dunod, Milano.
(1997b): "Empatia e patologie gravi". In "Quale psicoanalisi per le psicosi?", a cura di A. Correale e L. Rinaldi, Raffaello Cortina Ed. Milano.
(1997c): "Empathy and Empathism". Int. J. Psychoanal., 78, 279-293.
(1997d): "The "kind-hearted" versus the "good" Analyst: Empathy and Hatred in Countertransference". In Bertolini G., Giannakoulas A., Hernandez M., Molino T. "Squiggle and Spaces", Rebus Press, London.
(1998): "Compartir y malentender". Rev. de Psicoanalysis, 55, 7-20.
(2001): "Empathy and the Unconscious". Psychoanal. Q., 70, 447-473.
(2002): "L'empatia psicoanalitica". Bollati Boringhieri Ed., Torino.
(2003): "Parler choses, parler mots". Libres Cahiers pour la Psychanalyse, 7, 15-20.
(2003): "Vrais et faux loups. L'alternance du refoulement et du clivage dans les tableaux cliniques complexes". RFP, 67, 1285-1304.
(2004): "Misunderstandings on Empathy". Bulletin of the British Psychoanalytical Society, February 2004.
- Bonino S., Lo Coco A., Tani F. (1998): "Empatia. I processi di condivisione delle emozioni". Giunti Ed., Firenze.
- Di Benedetto A. (1998): "Sperimentare un pensiero che verrà". Riv. Psicoanal., 44, 5- 22.
- Eiguer A. (1993): "Un des traits spécifiques du dialogue analytique: l'imprévisibilité". Psychanal. Europe, 42, 20-29.
- Faimberg H., Corel A. (1990): "Repetition and Surprise: a Clinical Approach to the Necessity of Construction and Its Validation". Int. J. Psychoanal., 71, 411-420.
- Fonda P. (2000): "La fusionalità e i rapporti oggettuali". Riv. Psicoanal., 3, 429-449.
- Freud A. (1936): "L'Io e i meccanismi di difesa". In "Opere", vol. 1, Bollati Boringhieri, Torino.
- Freud S. (1921): "Psicologia delle masse e analisi dell'Io". In "Opere", vol. 9.
- Giaconia G., Pellizzari G., Rossi P. (1997): "Nuovi fondamenti per la tecnica psicoanalitica". Borla Ed., Roma.

- Greenson R.R. (1960): "Empathy and its Vicissitudes". In Greenson R. R. (1978) "Explorations in Psychoanalysis", Int. Univ. Press, New York.
- Grotstein J. (1982): "Splitting and Projective Identification". Jason Aronson, New York.
- (2003): "Projective Identification and Projective Transidentification. A reassessment and extension of the concept". (In press).
- Klein M. (1955): "On Identification". In "New Directions in Psycho-Analysis", edited by Heimann P., Klein M., Money-Kyrle R., Tavistock, London.
- Kohut H. (1971): "The Analysis of the Self". Int. Univ. Press, New York.
- (1977): "The Restoration of the Self". Int. Univ. Press, New York.
- (1984): "How Does Analysis Cure?" Univ. of Chicago Press.
- Modell A.H. (1990): "Other Times, Other Realities. Toward a Theory of Psychoanalytic Treatment". Harvard University Press, Cambridge, Massachussettes.
- Money-Kyrle R. (1956): "Normal Countertransference and Some of Its Deviations". In "Papers 1927-1977", Clunie Press, Pertshire, 1978.
- Mantovani M. (1989): "Menzogna". In: "Trattato enciclopedico di psicologia dell'età evolutiva" a cura di M. Batacchi, vol. 2, parte 2, pagg. 847-859, Piccin Ed., Padova.
- Marias Javier (1994): "Manana en la batalla piensa en mi". Alfaguara Ed., Madrid.
- Olden C. (1958): "Notes on the Development of Empathy". Psychoanal. St. Child, 13, 505-518.
- Racalbuto A. (1994): "Tra il dire e il fare. L'esperienza dell'inconscio e del non verbale in psicoanalisi". Raffaello Cortina Ed., Milano.
- Rosenfeld H. (1987): "Impasse and Interpretation". Tavistock, London.
- Schacht L. (2001): "The capacity to be surprised". Richard e Piggie, 9, 117-130.
- Schafer R. (1959): "Generative Empathy in the Treatment Situation". Psychoanal. Q., 28, 342-373.
- (1983): "The Analytic Attitude". Basic Books, New York.
- Steiner J. (1996): "Psychic Retreats. Pathological Organisations in Psychotic, Neurotic and Borderline Patients.
- Widlocher D: (2003): "La personne du psychanalyste et les processus d'empathie et de co-pensées". FEP Bulletin, 57, 89-95.

